

¿TODAS LAS BIBLIAS SON IGUALES?

La Iglesia de Dios de la Fé de Jesús

Tomo: III, No. 129

¿Por qué hay diferentes versiones de la Biblia? ¿Dicen lo mismo todas las versiones? ¿Es igual la Biblia católica que la Biblia evangélica? ¿Cuál es la verdadera?

Para responder a las preguntas planteadas, es necesaria una información, aunque sea muy breve, de la historia de la Biblia.

La Biblia, como usted sabe, es el documento más antiguo que tenemos de la historia y origen del hombre y del mundo. De hecho, el período histórico de la raza humana se inicia con la Biblia.

De acuerdo con este planteamiento histórico de la propia Biblia, ésta debe haberse empezado a escribir unos 2,500 años después de la creación del mundo, en el siglo XV antes de Cristo. Su primera parte conocida como Antiguo Testamento, abarca un período histórico de 4,000 años hasta el nacimiento de Cristo.

El primer escritor de la Biblia fue Moisés, y a él debemos los primeros cinco libros de la historia sagrada. Este Moisés fue escogido por Dios como libertador de su pueblo (Israel), de la esclavitud de Egipto. El último escritor inspirado de la Biblia fue el apóstol Juan, discípulo del Señor y Salvador Jesucristo. Entre Moisés que escribió en el desierto del Sinaí y Juan que escribió en la isla de Patmos, transcurrieron 15 siglos, en los cuales otros 38 hombres de todas las clases sociales, como pastores, labradores, sacerdotes, profetas, militares, pescadores, recaudadores, gobernantes y hasta reyes, fueron inspirados por el Espíritu de Dios, para escribir los demás libros que componen la Biblia.

De éstos el apóstol Pedro escribió que: **“Los santos hombres de Dios, hablaron siendo inspirados del Espíritu Santo”** (2 Pedro 1:21) Los escritos de estos mensajeros de Dios, fueron recopilados por personas debidamente calificadas y aprobadas y constituyen hasta hoy día el santo volumen que contiene la palabra de Dios, escrita para los hombres.

Cuarenta escritores guiados por la revelación y la inspiración de Dios. Cada uno en su tiempo y sin conocerse la mayoría de ellos, a causa del

tiempo transcurrido entre unos y otros, dieron forma a los 66 libros que conforman nuestra Biblia, cuya primera parte escrita antes de Cristo, contiene 39 libros, siendo 27 libros los que constituyen los escritos posteriores a Cristo y conocidos como el Nuevo Testamento. El primero se escribió en el idioma hebreo y este último en griego.

La parte del Nuevo Testamento es igual en todas las Biblias, la diferencia entre las versiones católicas y las evangélicas se halla en el Antiguo Testamento.

La palabra biblia viene del griego “biblion” y significa libros o conjunto de libros.

De estos idiomas: hebreo, griego y arameo, que estaban en uso en los días de Cristo, los traductores vertieron o tradujeron la Biblia a los diferentes idiomas y así dicho a grandes rasgos, llegaron hasta nosotros las Sagradas Escrituras. Los traductores evangélicos no solamente realizaron un gran esfuerzo para traducir los libros santos, sino que arriesgaron sus vidas para lograr su difusión y ponerla al alcance del pueblo, ya que en sus días la iglesia romana prohibía la lectura de la palabra divina y perseguía cruelmente a quienes la tenían o publicaban.

Este heroico y glorioso esfuerzo del pueblo de la Biblia, ha producido grandiosos resultados, al grado de que la iglesia de Roma se ha visto obligada a cambiar su actitud, hasta el punto de haber autorizado un gran número de traducciones que ahora pueden ser adquiridas por cuantos se interesan en el estudio de las Escrituras inspiradas.

Sin embargo, todavía hoy, el pueblo nacido de la difusión del evangelio, sigue siendo el promotor de la publicación y distribución de la Biblia, constituyendo hoy por hoy un esfuerzo universal sin precedente.

Hoy, en nuestros días, tenemos el privilegio de disfrutar la lectura de un gran número de versiones de la Biblia, tanto evangélicas como católicas. Privilegio que no conocieron los siglos pasados, particularmente los anteriores a la reforma protestante. No obstante, todavía hoy se habla de la Biblia católica o de la Biblia protestante, con el afán de tocar la susceptibilidad de la gente, predisponiéndola al rechazo de un libro tan fiel y tan digno, que el mismo Señor y Salvador Jesucristo, recomendó creer, amar y obedecer. De hecho, el amor del pueblo de Dios por las Escrituras, proviene de los conceptos divinos que el Redentor vertió sobre ellos.

Basta recordar aquí aquellas palabras que Juan recogió de sus labios divinos: **“El que me ama mi palabra guardará y mi Padre le amará y vendremos**

y haremos con él morada” (Juan 14:23)

En amor y honor a la verdad, la Biblia ni es católica ni protestante, porque la palabra de Dios es universal y nos fue dada para todas las naciones. Oíd estas palabras: “Palabra fiel y digna de ser recibida de todos...” (1 Timoteo 1:15). Los cristianos evangélicos apreciamos en todo lo que valen las versiones de los traductores católicos y me atrevo a decir que las editoras católicas que publican y venden la Biblia, tienen en el mundo evangélico su mejor cliente. Muchos como el que habla, estamos acostumbrados a usar estas versiones en el ministerio de la predicación. Usted puede apreciar que los versículos usados en esta exposición han sido tomados de la versión católica llamada “Biblia de Jerusalem”.

Pero si se quiere definir claramente quiénes han sido designados por Dios como depositarios de los escritos que contienen su palabra, la forma más confiable es recurrir a lo que la propia Biblia nos dice sobre ello, ¿no cree usted?

Los primeros escritos producidos antes de que el Hijo de Dios naciera de una virgen y que conocemos como el Antiguo Testamento, fueron entregados a los judíos, siendo este pueblo elegido por Dios como receptor y preservador de la palabra divina. El insigne varón de Tarso, mejor conocido como el apóstol Pablo, se los declaró así a los cristianos de Roma en el capítulo 3:1,2 de su Epístola: ¿Cuál es pues la ventaja del judío? ¿Cuál la utilidad de la circuncisión? Grande de todas maneras, ante todo a ellos les fueron confiados los oráculos de Dios. Y esto miles de años antes de que existieran la iglesia católica y la iglesia protestante.

Es por aseveraciones tan precisas y contundentes como esta, que los cristianos evangélicos aceptamos únicamente el Antiguo Testamento, tal y como lo han preservado los judíos, porque ellos fueron los depositarios fieles escogidos por el propio autor de la Biblia, para conservar su palabra, sin añadiduras ni enmiendas y sin perder de ellas “ni una jota ni una tilde”. He aquí algunas de las instrucciones divinas al respecto: **“No añadiréis a la palabra que yo os mando, ni disminuiréis de ella para que guardéis los mandamientos de Dios, que yo os ordeno”** (Deuteronomio 4:2). Probadas son todas las palabras de Dios; él es un escudo para cuantos a él se acogen. **“No añadas nada a sus palabras, no sea que te reprenda y pases por mentiroso”** (Proverbios 30:5,6) Por tal motivo, nuestras Biblias contienen solamente los 39 libros del Antiguo Testamento del canon judío y no aceptamos los 7 libros que la iglesia de Roma agregó mucho después de

haber sido recopilado y completado el catálogo de los libros que los judíos reconocen como sagrados.

Es por eso que rechazamos la imputación de que los evangélicos tenemos una Biblia incompleta, porque a la luz de lo que ella misma dice, la incorporación o añadidura de los Libros Deuterocanónicos ya estaba prohibida en la Biblia hebrea, tal y como lo vimos en los versículos precedentes. Quienes agregaron los 7 libros, que de más contiene el Antiguo Testamento de la Biblia católica, después de siglos del canon original, lo hicieron contra la divina y expresa voluntad de Dios.

La orden era y es: NO AÑADIR NADA, quienes los agregaron les llamaron Libros Deuterocanónicos, precisamente porque ello quiere decir segundo canon o canon posterior. La enciclopedia católica de la Biblia dice: “Se llaman así a partir de Sixto Senence (siglo XVI) aquellos libros sagrados incluidos por la iglesia en el canon, pero sobre los cuales no hubo en los primeros siglos una opinión unánime acerca de su inspiración” (Pág. 886).

De manera que resulta claro que fueron los judíos a quienes Dios les encomendó la custodia de su palabra, pero no fueron ellos los que añadieron estos siete libros, sino la Iglesia Católica Romana, la cual jamás fue designada por Dios para hacer semejante agregado. De esto resulta que no es la Biblia evangélica la que está incompleta, sino la católica la que está añadida y consecuentemente adulterada, con los libros comúnmente conocidos como apócrifos. Estos libros se agregaron 18 siglos después del canon original, cuando recibieron el reconocimiento oficial del Concilio de Trento en 1546, después de la reforma luterana. Apócrifo significa secreto, escondido y oculto, y es interesante saber que no fueron los protestantes, ni lo judíos, quienes les dieron este epíteto, sino el propio Jerónimo, reconocido como uno de los grandes padres de la iglesia católica y traductor de la Biblia del griego al latín, él les dio el calificativo de apócrifos a los libros de Tobías, Judith, Sabiduría, Eclesiástico, Baruc y los dos de Macabeos. No se dirá que él no tenía autoridad para llamarlos así.

Y así como el pueblo judío, llamado “El pueblo del libro”, fue designado divinamente como depositario del canon del Antiguo Testamento; del mismo modo el Nuevo Testamento fue otorgado a la iglesia cristiana original, conocida con el singular y también inspirado nombre de “Iglesia de Dios”.

Las epístolas de Pablo, que conforman más de la mitad del Nuevo Testamento, que consta de 27 libros, fueron escritas y remitidas a

destinatarios conocidos como “Iglesia de Dios”, un nombre, designación o advocación que aparece reiteradamente en el Nuevo Testamento doce veces. Citamos un ejemplo de ello: Los primeros versículos de las dos Epístolas a los Corintios, muestran a Pablo como remitente y a la “Iglesia de Dios” como destinataria y así, del mismo modo, se le llama en otras diez citas distintas. Por todo esto que es fundamentalmente bíblico, sabemos que la iglesia primitiva y apostólica, no se llamó católica romana, ni tenía ninguno de los diversos nombres de las denominaciones protestantes, sino el de la Iglesia de Dios y a ella, que tenía este nombre, le fueron enviados los escritos inspirados conocidos como epístolas. Esta iglesia, junto con los escritos santos, recibió la alta responsabilidad de ser el pedestal y columna de la verdad salvadora. Así lo dijo Pablo a Timoteo en su primera carta, capítulo 3:15. Por lo que vemos en la propia Biblia, que ella nos habla de sí misma y al identificarse lo hace como un libro que nos viene de los judíos y de la Iglesia de Dios, con un origen anterior al origen de las iglesias católica y protestante.

La palabra canon, se ha traducido como regla (Gálatas 6:16) y se usa para referirse a la lista o índice de los libros que se aceptan como inspirados por el Espíritu Santo y reconocidos oficialmente. Los libros apócrifos, al no ser inspirados, no son canónicos o del canon y por ello es más propio llamarlos pseudo-epígrafos, lo que significa escritos no auténticos o espurios.

Por último, vayamos a lo más importante, el testimonio del propio Hijo de Dios. Lo que el Señor Jesucristo, Maestro y Salvador, dijo sobre las Escrituras.

Cualquiera que se precie de llamarse cristiano, aceptará lo dicho por el Señor, como lo más concluyente, divino y definitivo y además inapelable, sobre cualquier punto de orden divino, porque su palabra es la voz del cielo para dilucidar toda cuestión. Es altamente gratificante poder decir que Jesús dejó dicho lo necesario para saber qué creer sobre la Biblia.

Ahora bien, antes de considerar la voz del Señor, es necesario hacer notar que las Escrituras que Israel conocía en los días de Cristo, no contenían los libros apócrifos, aunque estos ya habían sido adicionados a la versión griega de los 70. La Biblia que Jesús conoció, la que él recomendó y de la cual él predicó y leyó personalmente, fueron los 39 libros del canon judío, que es el mismo canon evangélico del Antiguo Testamento. De estos libros dice la enciclopedia de la Biblia católica: “Cristo empleó y citó dándoles

categoría de divinos, todos los escritos admitidos por los judíos...” (Vol. 11, pág. 102)

El apóstol Lucas nos relata en su capítulo cuatro, que cuando Jesús se presentó en la sinagoga de Nazareth, para predicar por primera vez allí, su predicación la basó en el libro del profeta Isaías y ahí mismo dio cumplimiento a la profecía que en ese libro él mismo leyó. Jesús no citó ni aprobó ninguno de los libros apócrifos, por la sencilla razón de que no estaban entre los escritos que él mismo había puesto al cuidado de su pueblo, desde los días antiguos antes de nacer como hombre.

En cambio, respecto a los libros debidamente inspirados externó: **“Investigad las escrituras, ya que creéis tener en ellas vida eterna; ellas son las que dan testimonio de mí”** (Juan 5:39).

Aquí el maestro de maestros nos enseña tres cosas:

Primero: Que debemos estudiarlas, no simplemente leerlas, ya que investigar o escudriñar implica su entendimiento y comprensión.

Segundo: Que el pueblo judío las tenía en un alto concepto y las consideraba divinas al creer que contenían la vida eterna.

Tercero: Que las escrituras ofrecían el testimonio que de Jesucristo ellos necesitaban para aceptarle como salvador.

El ofreció como prueba fehaciente de su mesianidad, el material que las escrituras profusamente mostraban sobre su identidad divina. Jesús sabía que los judíos reconocían plenamente la autoridad divina de la Biblia.

Lucas nos narra que, comenzando por Moisés y continuando por todos los profetas, les explicó lo que había sobre él por todas las Escrituras (Lucas 24:27). Y todas estas Escrituras que el Cristo conocía, por ser su propio autor, son las mismas que hasta hoy los cristianos aceptamos y conservamos con amor, siguiendo el ejemplo y el mandamiento del Señor.

La conclusión obvia entonces es: Nuestra Biblia ha sido conservada tal y como la recibieron primero los judíos y luego la Iglesia de Dios. En cambio, la Biblia católica ha sido adicionada, contra el claro mandamiento que prohíbe hacerlo. Con estos elementos de juicio, usted podrá responder indubitablemente a las preguntas de la introducción de este tema.

La propia Biblia promete que puede hacerte sabio para la salvación y dice así: **“Las sagradas letras que pueden darte la sabiduría que lleva a la salvación mediante la fe en Cristo Jesús”** (2 Timoteo 3:15 Biblia de Jerusalem). Amén.

Esta es la razón por la que el pueblo evangélico conserva hasta hoy

inalterado el número de libros que contienen las Sagradas Letras, en cambio en este opúsculo hemos visto que la iglesia católica romana agregó a la Biblia 7 libros más, no conocidos del pueblo designado por Dios como depositario de su palabra. Libros que por el mismo hecho, no recibieron la aprobación de nuestro Señor Jesucristo

¿Cuál es pues la Biblia buena y confiable? ya usted puede decirlo.

¿Por qué es la Biblia el libro más valioso del mundo? La respuesta no puede ser otra: su origen es divino. Ella misma afirma en más de dos mil ocasiones que Dios es su autor y millones de personas de todo el mundo, transformadas en nuevas criaturas por el poder sobrenatural de la Palabra de Dios, dan testimonio elocuente de esta verdad. Por ser de origen divino, la Biblia habla de esta vida y también de la otra, abarcando el presente y el futuro en un solo panorama. Esto explica también su impresionante actualidad, que la hace incomparablemente superior a todos los demás libros, incluso los más famosos, puesto que, mientras éstos pierden día tras día su actualidad, el mensaje de la Biblia, aunque escrito hace ya milenios, permanece más actual “que el periódico de mañana”, usando las palabras de Billy Graham.

Los grandes hombres y la Biblia.

Napoleón Bonaparte, el famoso militar y emperador de Francia, dijo en cierta ocasión, refiriéndose a la Biblia: “El alma jamás podrá vagar sin rumbo si toma la Biblia para que guíe sus pasos”.

Josefo Historiador judío (fines del primer siglo D.C.) escribe en Contra Apion I: “Desde Artajerjes hasta nuestro tiempo, todo ha sido registrado, pero no ha sido considerado digno del mismo crédito que lo que había precedido, pues la exacta sucesión de los profetas cesó. Pero la clase de fe que hemos colocado en nuestros propios escritos, se evidencia por nuestra conducta; pues aun cuando ha pasado muy largo tiempo, nadie se ha atrevido a añadirles algo, o a suprimirles algo, ni a alterarlos en manera alguna”.

El célebre Orígenes, escritor del siglo III, dice: “Nuestras aseveraciones y discursos no tienen ningún peso; las Escrituras son los testigos que no podemos recusar”

Sir Frederick Kenyon dice que: “Aparte de registrar variantes de lectura, tradición, o conjetura, los masoretas asumieron un número de cálculos que no entran en la esfera ordinaria de la crítica textual. Numeraron los versículos, palabras y letras de cada libro. Calcularon la palabra media y

la letra media de cada uno. Enumeraron los versículos que contenían todas las letras del alfabeto, o un cierto número de ellos, etc. Estas trivialidades, como con justicia podemos considerarlas, tuvieron sin embargo el efecto de asegurar atención minuciosa a la transmisión precisa del texto; y no son sino una excesiva manifestación de un respeto por las Sagradas Escrituras, lo que en sí no merece sino elogios. En verdad, los masoretas estaban ansiosos de que ni una jota ni una tilde, ni una letra muy pequeña, ni una parte pequeña de una letra, o de la Ley, fueran descuidadas o se perdieran”.



*La Iglesia
de Dios de la
Fé de Jesús*

**E.M.I.D.
EMISIONES Mesianicas DE LA
IGLESIA DE DIOS DE LA FE DE JESUS
hemeroteca@emid.org.mx**